

aquel océano de palabras politeístas, como se ve el cielo azul por entre las nubes que le velaron un instante. ⁽¹⁾

En cuanto á la religión de los persas hay gran variedad de opiniones entre los sabios acerca de si el Dios que los iranos adoraron más tarde como el Dios bueno y luminoso, si Ahuramazda, fué al principio el solo Dios, ó si reconocían antes de él como Dios único á Zarvana akarana, el tiempo ilimitado. ⁽²⁾ Tan lejos como alcanzan los monumentos históricos que poseemos, y alcanzan muy lejos como otra vez hemos dicho, los persas creen ya en dos seres superiores, el dios de la luz, Ahuramazda, y el del mal, Angromainyus. Pero si los iranos formaban primitivamente un solo pueblo con los arias, puede perfectamente suceder que Ahuramazda, que es representado como el creador del cielo y de la tierra, y como un ser absolutamente espiritual, como el espíritu mejor, el más santo, ⁽³⁾ haya sido en un principio el único dios, y que Zarvana sea tan sólo una idea y una denominación de éste. Puede, sin embargo, ocurrir que los dos provengan de una época más reciente, en que la antigua fe había ya sufrido alteraciones. En todo caso, los Ameshaspentas (Amshaspands), los santos inmortales que están al lado de Ahuramazda y los Yazatas (Izeds) que les están subordinados, son criaturas del Dios bueno.

En la religión persa, no sólo es imposible probar que se haya pasado del politeísmo al dualismo, y de éste al monoteísmo; sino que todo por el contrario indica, según dice Spiegel, que precedió al dualismo un fuerte monoteísmo. ⁽⁴⁾ La tradición persa afirma, pues, en términos expresos que en el origen no se conocía más que un solo Dios. ⁽⁵⁾ Según las escrituras cuneiformes que actualmente conocemos, hasta es posible admitir, en opinión del sabio que acabamos de citar, ó por lo menos no es fácil refutarla, que en tiem-

- (1) Müller, *Hist. of ancient Sanscrit lit.*, (2) 559.
- (2) Fischer, *loc. cit.*, 113 y sig.
- (3) Spiegel, *Eranische Alterthumskunde*, I, 454; II, 24 y sig.
- (4) Spiegel, *loc. cit.*, II, VI y sig.
- (5) Dimishki, en Spiegel, *Avesta*, II, 216.

po de Darío y de Jerjes, era la religión de los iranos todavía monoteísta en sus ideas fundamentales y que nació el dualismo en la época de los Aqueménides. ⁽¹⁾ Tan atrevida es la afirmación, que evidentemente necesita pruebas sólidamente establecidas para ser admitida de un modo general; pero lo cierto es que los persas profesaron un respeto sorprendente á la religión judía, y que se mostraron muy tolerantes con la fe en un solo Dios. ⁽²⁾

Los diferentes cultos egipcios se relacionan todos con la adoración de un solo Dios, que era al principio común á todos los egipcios, el sol, Ra, el dios no engendrado. ⁽³⁾ En cuanto á saber si éste fué el más antiguo y único Dios que adoraron, si se representaba á este antiguo y único dios como personal, ó sólo como personificación de una idea general, hay que esperar otros resultados positivos de una ciencia que ofrece aún demasiada incertidumbre. En todo caso, muchos sabios mantienen la opinión de que el monoteísmo, ⁽⁴⁾ ó un politeísmo sólo nominal, existía también allí en los tiempos más remotos, y que en muchos puntos se designó con diversos nombres el mismo y único Dios que en otro punto era adorado con diferente nombre. ⁽⁵⁾ Sin embargo, en el estado actual de las investigaciones, no está probado aún de un modo seguro que el monoteísmo haya existido primitivamente en Egipto; pero los que le combaten no están autorizados en manera alguna para hacerlo con la seguridad de que hacen alarde.

Los documentos chinos más antiguos no dejan aparecer traza alguna de idolatría; ⁽⁶⁾ por el contrario, todo prueba que en otro tiempo había en China una religión pura-

- (1) Spiegel, *loc. cit.*, II, VIII y sig.
- (2) Dan., VI, 26; III, 95. Tob., XIII, 4.
- (3) Reisch, in *Paulys Real-Encykl.*, (2) I, 286.
- (4) Bunsen, *Ägyptens Stellung in der Weltgeschichte*, V, I, 58. Fischer, *loc. cit.*, 267, 277, 280, 382, 284 y sig., 286, 289. Pesch, *Der Gottesbegriff in den heidnischen Religionen des Alterthums*, 116 y sig.
- (5) Uhlmann, *Ägypt. Alterthumskunde*, II, 155 y sig.; *Thot*, 20. Maspero, *Histoire ancienne*, (4) 26 y sig.
- (6) Du Halde, *Beschreibung des chines. Reiches*, III, 20 y sig.

mente monoteísta. ⁽¹⁾ En cuanto al Japón, es cierto que el número de sus divinidades aumentó mucho en época relativamente moderna. ⁽²⁾

La misma marcha, es decir, el desenvolvimiento progresivo de la idolatría procediendo de un monoteísmo anterior, es admitido por los más autorizados orientalistas en la religión fenicia, ⁽³⁾ en las creencias de los babilonios y de los asirios ⁽⁴⁾ y especialmente en la religión árabe. ⁽⁵⁾ Las fuentes históricas antiguas dan testimonio de lo mismo en gran número de pueblos, por ejemplo, de los masagetas. ⁽⁶⁾

Si los viajeros modernos fuesen tan exactos y serios en sus investigaciones como Herodoto, estaríamos mejor informados en esta materia; pero no dan importancia alguna á esa cuestión, la más interesante de todas, como sucede, por ejemplo, con Stanley, que no carecía de religión, y no consagró, sin embargo, una palabra á la religión de los negros, ó se portan de tal suerte, que los salvajes prefieren callar, en presencia de esos frívolos intrusos, sus convicciones religiosas, que guardan con exquisito y supersticioso cuidado. Únicamente hablan de ellas cuando se les da dinero ó aguardiente. ⁽⁷⁾ ¿Y cómo lo hacen? sólo Dios lo sabe; pero investigaciones más minuciosas demostrarían que en otro tiempo tuvieron una religión más pura.

Livingstone afirma que lo mismo ocurre en todas partes entre los negros. ⁽⁸⁾ Ratzel y Schneider declaran también que la religión de los negros indica siempre una de-

(1) Grosier, *Description de la chine*, II, 150 y sig. Hazart, *Kirchengeschichte*, (3) I, 538 y sig. Pesch, *Der Gottesbegriff in den heidnischen Religionen der Neuzeit*, 24, 45.

(2) Kämpfer, *Beschreibung des japon. Reiches*, 221 y sig.

(3) Movers, *Phœnicier*, I, 255 y sig., 316, 321.

(4) Lenormant-Busch, *Histoire ancienne de l' Orient*, (2) III, 54. Julio Oppert, en Goldziher, *Mythus bei den Hebræern*, 317. Cf. Fischer, *loc. cit.*, 184-187, 204, 243 y sig.

(5) Lenormant, *loc. cit.*, III, 54 y sig., 95 y sig., 119 y sig. Palgrave, *Reise in Arabien* (Leipzig, 1867), I, 190 y sig. (250).

(6) Herodoto, I, 216, 4. Strabón, II, 8, 6.

(7) *Revue des revues*, X, 335.

(8) Livingstone, *Neue Missionsreisen*. Martín, II, 242.

cadencia á través de la cual se percibe su creencia primitiva en un Señor de todas las cosas. ⁽¹⁾ En Guinea se adora, con el nombre de Kano, á un creador supremo de todo lo que existe. ⁽²⁾ Los hotentotes conocían uno semejante con el nombre de Gounja Tekquoa. Si se les pregunta por qué le sirven tan poco, responden que no quieren tener relación con él, porque sus antepasados le ofendieron. ⁽³⁾ Lo mismo podemos decir de los wagandas y de los wañoros que, según cuentan, conocen un ser supremo, Katonda, pero no le adoran porque es demasiado elevado para ellos. ⁽⁴⁾ Los tibbous y los touaregs no tenían más que un dios llamado Amanai. ⁽⁵⁾ Entre los indios se cierne sobre sus creencias religiosas la idea confusa de un solo dios. ⁽⁶⁾ Lo mismo se dice de los esquimales, ⁽⁷⁾ de los hotentotes ⁽⁸⁾ de los pescherais ⁽⁹⁾ de los botecondos ⁽¹⁰⁾ de los boschimanos ⁽¹¹⁾ de los polinesios. ⁽¹²⁾

Confesamos una vez más que tenemos siempre cierta desconfianza en las narraciones de viajeros y etnógrafos respecto á las ideas morales y religiosas, y aun acerca de las instituciones de los pueblos extranjeros; siendo esta desconfianza tanto mayor, cuanto que más categóricos son sus relatos; ténganse presentes los que esos llamados explotadores, con el pretexto de entretenernos, hacen de las creencias religiosas populares, de las costumbres y leyendas de ciertos pueblos, en una palabra, con el nombre de *folklore*, de nuestros propios compatriotas cristianos, por

(1) Ratzel, *Völkerk.*, (1) I, 173. Schneider, *Naturvölker*, II, 261 y sig.

(2) *Collection de tous les voyages*, III, (1748), 628.

(3) *Ibid.*, V (1746), 174. Cf. Ratzel, *loc. cit.*, (1) I, 106 y sig. Schneider, *loc. cit.*, II, 63.

(4) Pesch, *Der Gottesbegriff in den heidnischen Religionen der Neuzeit*, 177. Ratzel, *loc. cit.*, I, 468.

(5) Ratzel, *loc. cit.*, III, 185.

(6) *Ibid.*, II, 678 y sig. Schneider, *loc. cit.*, II, 375 y sig.

(7) *Ibid.*, II, 60.

(8) *Ibid.*, II, 64 y sig.

(9) *Ibid.*, II, 71 y sig.

(10) *Ibid.*, II, 73 y sig.

(11) *Ibid.*, II, 154.

(12) *Ibid.*, II, 367 y sig.

consiguiente, de elementos entre los que ellos mismos crecieron, y se comprenderá que no se puede fiar con toda seguridad en ninguna palabra que venga de tales hombres. Por eso pasamos, sin detenernos en esos testimonios, y volvemos de nuevo nuestra atención á cuestiones que tienen bases más ciertas.

Comparando los idiomas, resulta averiguado que antes de separarse los pueblos indo-europeos había ya entre ellos para designar á Dios un nombre, y que en aquella época adoraban á un solo Dios. ⁽¹⁾

La religión de los antiguos celtas, de los druidas, conservó siempre cierta idea esencial monoteísta. ⁽²⁾ No es dudoso que los germanos hayan sido monoteístas en los tiempos más remotos, y que hayan conservado siempre tendencia hacia el monoteísmo. ⁽³⁾ Sin embargo, difícil es admitir que su dios soberano y único fuese primitivamente el que fué adorado más tarde con el nombre de Ziu ó Thyr. ⁽⁴⁾ Se dice que, mucho más tarde, tribus aisladas de los slavos y de los antos no reconocían más que un sólo dios, el dios del rayo. ⁽⁵⁾ La leyenda de que hemos hablado ya, y según la cual los dioses mismos decayeron, desde la edad de oro, del estado de inocencia, nos ha conservado con claridad el recuerdo de que la religión germana decayó también de una primitiva pureza. Por fin, en la mitología alemana se destaca de tan viva manera la idea de un sólo dios, que se podría creer encontrar en ello interpolaciones debidas á una influencia cristiana. ⁽⁶⁾

(1) Benfey, en Ersch y Gruber, II, XVII, 159, 162, 164. Arnold, *Deutsche Urzeit*, 20, 392.

(2) Aubertin, *Histoire de la langue et de la littérature françaises*, I, 13.

(3) Maurer, *Bekehrung der nord. Stämme*, II, 8, 17. Grimm, *Deutsche Mythol.*, (4) I, 136; *Einl.*, VII, XVII, XXXVIII. Cf. Simrock, *Mythol.*, (2) 268 y sig. *Zeitschrift für deutsches Alterthum*, 19, 170 (Gott, de Goden, Wodan).

(4) Así Baumstark, *Germania*, 64 y sig. Ziu es Ζεός; es, pues, un dios muy reciente. (Antes que Varuna hay un Dhvar-una de donde Turnus, Taburnus, Tybur-is, Satur-n, Ταυρο-πολη), Tar-au-uenus, Tar-anis, Thôr (Thor-nar), en una palabra los dioses tauriformes).

(5) Procop., *Bell. goth.*, 3, 14 (Dindorf, II, 334, 20).

(6) Simrock, *Deutsche Mythol.*, (2) 168 y sig., 151 y sig.

Por consiguiente, donde quiera que encontramos documentos seguros de los tiempos más remotos, siempre esos documentos acusan el vestigio de una fe más pura; pero á medida que descendemos hacia generaciones más jóvenes, encontramos, en todos respectos, una decadencia progresiva. El monoteísmo no es el fin de la civilización humana; es más bien su principio y su primera base, como lo demuestran hechos históricos indubitables, que no pueden ser puestos en duda.

4. El monismo filosófico del paganismo, en su origen, no es un puro monoteísmo, sino una decadencia de éste.—Lo único en contradicción aparente con ese principio es que, en los últimos tiempos del paganismo, se manifestó en Roma, como en Grecia y en las Indias cierta tendencia hacia el monoteísmo.

Se hizo con tal motivo mucho ruido, y se pretendió que ese último florecimiento del Helenismo romano había sido la cuna propiamente dicha de la doctrina cristiana. Es falso por dos razones: juzgando de aquel modo, se comprendió mal el hecho en sí mismo, y además, se dedujo una conclusión de todo punto errónea.

Por de pronto, no comprendemos qué perjuicio sufriría el Cristianismo, aunque fuese verdad que el paganismo de esos últimos tiempos hubiese adquirido un conocimiento de Dios tan puro como se dice. Si así fué, no hizo la humanidad otra cosa que llenar el primero y más elemental de sus deberes; hizo lo que podía y debía hacer. Jamás, ni aun en el último grado de rebajamiento, perdió el hombre la capacidad de elevarse por sus propias fuerzas al conocimiento de un Dios personal único. El Cristianismo nos obliga de la manera más estricta á creer que el hombre jamás cayó tan bajo, ni puede jamás caer tan bajo, que no esté ya en estado de convencerse con certidumbre de la existencia de un solo Dios: de ahí la enseñanza, severa sin duda, pero también justificada, según la que el hombre es inexcusable, no sólo ante Dios, sino también ante su ra-

zón y su conciencia, si no cree en un Dios único, vivo, personal. ⁽¹⁾

Demostrar, pues, que entre los paganos hubo muchos que tuvieron esa fe, es confesar que la doctrina y los mandatos del Cristianismo no son excesivos, y es condenar á los que no quieren reconocer á Dios y someterse á él. Ya en este sentido, nos dicen los Padres con júbilo que el conocimiento de Dios nunca se perdió enteramente, ni aun entre los paganos, y deseaban que ese conocimiento fuese esparcido de un modo más general. ⁽²⁾

Pero desgraciadamente era en extremo rara la creencia en un solo Dios verdadero, y aun el pequeño número de los que literalmente la tenían se formaban de ella una idea completamente falsa.

Puede esto aplicarse ya á los tiempos más antiguos, relativamente mejores. Sin duda, Jenófanes lucha con todas las armas de la burla contra los dioses del pueblo, de forma humana; no obstante esto, su solo dios es el todo único y sin vida, el dios nebuloso del panteísmo; ⁽³⁾ pero la aplicación es más fácil de hacer en los últimos tiempos de la antigüedad. Máximo de Tiro enseña también la fe en un solo dios; tolera, sin embargo, la creencia en varios, porque, según dice, es la misma cosa. Que reine Júpiter y que Saturno esté en prisiones, que esté Vulcano al yunque, y en su oficio Minerva, que no cese Mercurio de llevar mensajes—el filósofo olvida á veces que Júpiter y Afrodita se entregan á cosas menos honrosas—todo eso no tiene importancia. En todo tiempo enseñaron los dioses una sola moral y una sola manera de vivir; en todo tiempo la fe en ellos tuvo la misma significación. No obstante, sus diferentes nombres designan un solo y mismo ser; ⁽⁴⁾

(1) Sap., XIII, 1-5. Rom. I, 18-21. Conc. Vatic., *De fide*, 2 c. 1. Denzinger, *Enchiridion symbol.*, 1488, 1506, 1516 á 1529. Greg. Mag., *Moral.*, 5, 52, 62.

(2) Justin., *Cohortatio*, 15-20. Clem. Alex., *Strom.*, 5, 14, 109, 117. Minucio Felix, *Oct.*, 19. Lactanc., *Inst.*, 1, 5. Euseb., *Præp. evang.*, 13, 13.

(3) Aristót., *Metaph.*, 1, 5, 18. Cicerón, *Academ.*, 4 (2), 37, 118.

(4) Máximo Tyr., 39, 5. Plutarco, *Isis et Osiris*, 67. Agustín, *Civ. Dei*, 4, 11.

nuestra pretendida época de luz hace, pues, renacer igual indiferentismo.

Aquello es sin duda también monoteísmo, pero en todo caso no es un progreso; tan cierto como el cosmopolismo estoico no es un ennoblecimiento, sino la decadencia completa del paganismo; tan cierto es también que la exigencia de una igualdad entre el hombre y la mujer, en tiempo del imperio romano, no puede ser explicada más que por la disolución completa de todos los lazos de la familia; tan ciertamente este monoteísmo filosófico es la desaparición completa de la antigua fe, en cuyo lugar no sabe poner más que el todo sin vida, ó lo que es igual, el vacío, la nada. No tiene la más pequeña influencia ennoblecedora sobre la vida. Aun aquellos filósofos que de lo alto de la cátedra combaten la insensata idolatría, le rinden homenaje con su vida, mejor que lo haría un ignorante cualquiera, y aumentan sus abominaciones con una nueva superstición todavía peor que ellos mismos inventan.

La mayor parte de las veces, estos filósofos entienden aún mejor la interpretación de los sueños, los amuletos, la invocación de los espíritus, que no su monoteísmo; además, toda su sabiduría no es para ellos mismos otra cosa que dudas y conjeturas. El judaísmo, disperso y helenizado en todo el mundo, le impulsó más de una vez tanto hacia una moral más pura, como hacia una idea más noble de Dios; pero en lugar de aprovecharlos en disipar antiguos errores, los cometen peores todavía, porque el Dios con que sustituyen á los dioses de antes, no es más que ese gran todo eternamente rumiante, que produce retoños para hacer de ellos desgraciados, y que los traga de nuevo con gozo incomparable. Por consiguiente, no es el monoteísmo lo que ante nosotros tenemos; es el monismo, nombre con que se acostumbra á designar muy propiamente al panteísmo. No tenemos, pues, que registrar aquí un progreso hacia lo mejor, sino un nuevo y último retroceso.

5. La profundidad de la decadencia humana en las religiones paganas.—Entre estos dos puntos extremos

de la civilización no cristiana, el monoteísmo y el monismo, se halla tal suma de errores, que se necesitaron inmensos trabajos sólo para indicar los más importantes. No es nuestro propósito escribir aquí la historia de los errores religiosos, sino tan sólo estudiar la caída de la humanidad, auxiliados por la historia de la religión; y verdaderamente el asunto nos ofrece una ocasión singular, tal vez única.

Sería para el psicólogo muy importante indagar en cuál género de paganismo se manifiesta más profundo el rebajamiento del hombre. Seguramente es lastimoso ver ante un tronco de árbol, groseramente tallado y embadurnado de un modo horrible, prosternado en el polvo á un papúa creyendo que de aquél depende su propia salud y la vida de su familia. ¡Si á lo menos fuera ese el último grado á que puede descender la conciencia religiosa! Pero la idea de un dios estúpido con el que se divierte un ratón, como sucede entre los kamtschadales con su Kutka, prueba una decadencia mucho más baja aún. Y nos parece todavía más horrible el inventar un Dios, que, si bien dotado de inteligencia, sólo conoce un deseo: satisfacer su voracidad y su propensión á la borrachera insaciable; tal es, sin embargo, el cuidado permanente de Ndengei entre los habitantes de las islas Fidgi, ó de Thor y de sus compañeros en Asgard. ¡Qué diremos de los dioses que romanos y griegos nos ponen ante los ojos; de Afrodita Pandemos, de Eros, de aquellos dioses de quienes los poetas nos cuentan cosas, los artistas nos representan actos, los sacerdotes llevan emblemas, en que no puede pensar sin avergonzarse todo corazón no corrompido; cosas, actos, emblemas de que deben apartarse con horror los ojos de quien estima en algo la decencia?

Se puede encontrar grotesco ó despreciable un dios estercolero, (1) un dios-ladrillo, (2) un dios-látigo, (3) un dios

(1) Plinio, 17, 6, (9) 1. Macrob., *Sat.*, 1, 7.

(2) Arnob., 4, 6.

(3) Pausanias, 5, 14, 1.

queso, (1) un dios con cabeza de carnero ó de toro, con trompa de elefante, hocico de perro ó de puerco; pero una diosa que favorece las fracturas nocturnas, (2) un dios de la estafa, (3) una diosa de la voluptuosidad, de la crápula y de la seducción, son extravíos tan tristes, que parecería imposible imaginar nada peor. Y sería un error creer eso. Nuestros panegiristas de los griegos realizaron lo que se creía imposible: hacer pasar esa religión de los griegos por la más alta producción del espíritu humano, por la flor más pura de la humanidad, es mucho peor que la invención de todas aquellas atrocidades.

Ya tiene algo de monstruoso el que una religión se extravíe hasta creer en dos divinidades, la una buena, la otra mala; como sucedía entre los egipcios, los persas, los gnósticos y los maniqueos; pero es todavía mucho más triste el que una religión no reconozca más que un Dios malo; y, sin embargo, eso hacían los ofitas, los cainitas, y lo que hacen nuestros espiritistas, así como los miembros de nuestras sectas secretas civilizadas, que todos adoran á Satanás. Cierto es que aquí hay de verdad que el mal es admitido y reconocido como tal; pero en nuestro entender era una monstruosidad aún mayor el que los helenos representaran, no como podría creerse, los dioses malos, sino los dioses buenos, las divinidades de la luz y del cielo, manchadas con tales vicios, como modelos de todos los crímenes, como provocadores de toda acción vergonzosa. El grado supremo de la infamia nos parece el que los apasionados admiradores de los griegos vean en eso una elevación moral y religiosa que, según ellos, ninguna palabra de elogio sería bastante á expresar. Sí, es un crimen no menor que la completa negación de Dios. (4) En cierto sentido es aun más horrible también.

Hay que tener todo esto presente para comprender co-

(1) *Anthologia Palat.*, 9, 744.

(2) Horac., *Ep.*, 1, 16, 60. Arnob., 3, 26.

(3) Sófocles, *Philoct.*, 133, Aristóf., *Plutus*, 1157.

(4) Basilio, *Quod Deus non est auctor malorum*, 2 (II, 73, d.).